

EL ELEMENTO ÁRABE EN LA NARRATIVA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA: TUAREG

M^a JOSÉ REBOLLO ÁVALOS
Universidad de Extremadura

Resumen

El elemento árabe aparece esporádicamente en la novela española contemporánea. Sin negar que en ocasiones aporta meramente un matiz exótico al relato, en otras, como en *Tuareg* del autor canario Alberto Vázquez Figueroa, el uso lingüístico de determinados términos árabes consigue retratar para el lector un espacio real, el desierto del Sahara, y caracterizar visual, social y culturalmente al personaje central. Este elemento se muestra también en las referencias constantes a la situación política de los países africanos tras el proceso colonialista. Este artículo recoge ambas tendencias, la lingüística y el trasfondo político, como presencia en nuestra propia literatura de una cultura ajena pero muy cercana a la española.

Palabras claves: Árabe, África, lingüístico, poscolonialismo.

Abstract

Arabic imagery occasionally appears in contemporary Spanish narrative. At times it merely conveys an exotic overtone to the narrative, while at other occasions, as in Canary Islands author Alberto Vázquez Figueroa's *Tuareg*, using certain Arabic terms depicts a real space for the reader, the Sahara desert, and characterises the main character in visual, social and cultural terms. This Arabic element can also be probed in the constant references to the political situation of post-colonialism African countries. This paper focuses on both linguistic and political backdrops of a foreign but familiar/neighbour culture in Spanish literature.

Keywords: Arabic, Africa, linguistic, post-colonialism.

La incursión de Alberto Vázquez Figueroa en el panorama literario nunca ha estado aureolada por grandes campañas publicitarias; sin embargo, es uno de los autores españoles contemporáneos más prolíficos y leídos por un am-

plio y variado público. Este canario de alma africana abandonó su exitosa carrera como corresponsal de guerra para retomar una trayectoria literaria que comenzó a los catorce años con su primera obra, *Arena y viento*, biografía de su infancia en el desierto del Sahara, y que tendría su continuidad años más tarde con *Anaconda*. En todo este tiempo su bagaje ha ido creciendo con más de ochenta novelas publicadas y traducidas a diversos idiomas. Algunos de sus éxitos editoriales no se han sustraído a la tentación del arte cinematográfico, y más de una docena de sus novelas han sido llevadas al cine con más o menos acierto.

Tanto su trayectoria personal como profesional han decantado el gusto literario de este autor por las novelas de aventuras. Su fascinación infantil por este tipo de libros, su afición por el submarinismo que abandonó tras un trágico accidente, y su vida de reportero, que le ha llevado a viajar por el mundo, constituyen la fuente de inspiración de Vázquez Figueroa. Sus personajes, dirigidos por un destino inexorable que marca sus vidas, se mueven en lugares y ambientes que tienen un correlato real, descritos superando la mera percepción visual. Él no crea ambientes, los retrata con la cámara de las sensaciones y con los ojos de un viajero incansable que retiene lo que la naturaleza y sus gentes esconden. La descripción del desierto despierta en el lector la sensación del calor intenso de un paisaje vacío y espeso, inhóspito para la mayoría de los habitantes de la tierra; la selva amazónica exhala un calor húmedo que traspasa las páginas de sus libros. África y la América Latina son dos marcos geográficos que el autor conoce muy bien.

En el desierto del Sahara pasó su infancia y parte de su juventud, cuando por circunstancias políticas su padre fue deportado allí después de la Guerra Civil española. Más tarde, como periodista, cubrió guerras y revoluciones en el Chad, en el Congo y en Guinea. De aquellas vivencias surgieron títulos como *Ébano*, su primer libro de éxito en 1975, *Tuareg*, *África llora*, *León Bocanegra*, *Marfil* o *Los Ojos del Tuareg*, con la que recupera veinte años después el éxito de *Tuareg*.

Conflictos bélicos en la República Dominicana, en Bolivia y en Guatemala le obligaron a ser testigo de crueles acontecimientos. Sus constantes viajes al nuevo continente despertaron su fascinación por él, reflejada en novelas como *Tierra Virgen*, *Manaos*, *Viracocha*, *Cienfuegos*, en la que combina su entusiasmo y curiosidad por la historia de los conquistadores españoles en estas tierras y su alma aventurera, *Ícaro* o *Sicario* en la que como trasfondo social denuncia la vida de los niños de Bogotá hundidos en un mundo marginal.

Alberto Vázquez Figueroa escribió *Tuareg* en 1980. Su mediocre adaptación cinematográfica no aportó mucho, ni tampoco disminuyó el enorme éxito que alcanzó en su momento. La novela no responde al mero gusto oc-

cidental por los ambientes exóticos. Su autor, conocedor de la vida en el Sahara, ha sido capaz de transmitir al lector su fascinación por el desierto y por la raza que lo convirtió en su hábitat natural, la de los tuareg¹.

Gacel Sayah es el noble tuareg protagonista de la historia. Su tranquila y dura vida en mitad del desierto es perturbada con la llegada de dos desconocidos a su campamento. Aunque amparados en las sagradas leyes de la hospitalidad, uno de los hombres es asesinado brutalmente en presencia de Gacel y de su familia, sin que éste pueda hacer nada por evitarlo. El más anciano de los visitantes es sacado a la fuerza del campamento por soldados árabes. A partir de ese momento la novela narra la historia de este noble tuareg para vengar la más dura afrenta que puede hacerse al honor de un «hijo del desierto».

Tuareg, como tantas otras obras de este autor, es una novela de aventuras, y a la vez constituye un documento sobre la vida del más legendario pueblo que habita el desierto. La precisión de los datos que ofrece es una constante en su producción. Alberto Vázquez Figueroa hace gala de sus amplios conocimientos, tanto del desierto como de la vida tuareg. Pero nos centraremos ahora en la presencia del elemento árabe en esta novela a través del uso de un vocabulario específico y de las referencias políticas sobre la situación de los países árabes tras el periodo colonialista.

La acción transcurre en el Sahara, pero en muy contadas ocasiones se dan nombres geográficos concretos. La inmensidad del desierto es prácticamente el único escenario, presentado como una tierra vacía sin principio ni fin para los Tuareg, quienes desconocen la parcelación territorial colonialista del continente africano². El concepto de frontera es confuso, la mentalidad libre del tuareg no lo entiende y el resto de personajes manifiesta sus dudas en cuanto a la existencia real de parcelaciones en el desierto. Es significativa en este sentido la conversación de Gacel Sayah con un grupo de beduinos:

«—¿Cómo puedo saber que he cruzado una frontera y estoy a salvo?— inquirió interesado.

¹ En una entrevista reciente Vázquez Figueroa comenta: «Pasé toda mi infancia en el desierto. Me crié con los tuareg. Éramos casi nómadas», *El semanal*, Dominical de ABC, 17 de mayo de 2003, pág. 50.

² Las diferentes potencias colonialistas que ejercieron su influencia en el continente africano, británicos, franceses, belgas, españoles y portugueses, definieron distintas áreas geopolíticas en dicho continente. Después, el mapa africano pasó de ser un territorio dominado por las potencias coloniales en la Segunda Guerra Mundial a transformarse en varios estados independientes desde finales de los años cincuenta y principios de los sesenta. Véase, J.U. Martínez Carreras, *Historia de la descolonización 1919-1986. Las independencias de Asia y África*, Madrid, Ediciones Istmo, 1987, págs. 287-288.

Los otros se miraron entre sí, incapaces de conocer la respuesta. El que no había hablado hasta ese momento, un negro *akli*, hijo de esclavos, se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe con exactitud. Nadie —repetió seguro de lo que decía—. El año pasado bajé con una caravana hasta el Níger, y ni a la ida ni a la vuelta, sabíamos nunca en qué país nos encontrábamos»³.

El concepto de frontera cumple en esta obra una función literaria concreta, definir al propio protagonista y marcar su entorno. Los únicos límites para él son los que hay entre el mundo habitado y la inmensa extensión del desierto sahariano, por encima de cualquier limen política y estatal. En relación con el entorno se concreta el carácter del personaje. Gacel Sayah es un hombre libre sujeto únicamente al cumplimiento estricto de las normas que sus duras condiciones de vida y la tradición le imponen, incluida la salvaguarda de su honor.

«Nada había al Sur, al Este, al Norte y al Oeste, nada que marcase límite a la influencia de Gacel el Cazador, que había ido alejándose poco a poco de los centros habitados, para establecerse en el más lejano confín de los desiertos» (pág. 10).

En *Tuareg* las coordenadas históricas que sustentan la ficción tienen como objetivo plantear, desde una perspectiva más de las tratadas, la importancia del desierto. Éste es el verdadero protagonista de la obra, no en vano se funde con el personaje Sayah en una continua ósmosis. El desierto condiciona actuaciones, leyes de conducta, visiones del mundo.

Las revueltas históricas que se narran sirven de contrapunto «civilizado», visto negativamente, aunque con visos esperanzados, a ese espacio «natural», donde el hombre se ve condicionado en grado sumo por el medio, con una intensidad que haría las delicias de Taine. Hay en Vázquez Figueroa un canto, heredado tal vez de los viajeros románticos y de la novela de aventuras, al «buen salvaje» de Rousseau, que se encarnó literariamente en personajes como Tarzán de Edgar Rice Burroughs. Sayah y Tarzán comparten territorio africano, soledad y un primitivismo no exento de leyes indestructibles. Y la naturaleza, con la frondosidad de la selva en un caso y con la aridez del desierto en otro, actúa como telón de fondo. También en la tradición literaria árabe Ḥayy b. Yaḳẓān, del filósofo y médico andalusí Ibn Ṭufayl, representa a ese héroe solitario, en esta ocasión abandonado en una isla y adoptado por una gacela⁴.

³ A. Vázquez Figueroa, *Tuareg*, Barcelona, Plaza & Janes, 1992, pág. 128. En adelante las anotaciones de páginas entre paréntesis al final de los párrafos seleccionados se refieren a la edición mencionada.

⁴ Esta obra fue escrita en el siglo XII y traducida al latín en 1671 con el título *Philosophus autodidactus*, posteriormente fue traducida a diversas lenguas europeas con el mismo título.

Pero Gacel Sayah no es el héroe usual de una parcela conocida de la narrativa en lengua árabe. Aunque su destino se entrelaza a las vicisitudes históricas del fin del colonialismo europeo y el comienzo de los gobiernos nacionalistas autóctonos, es un ser perteneciente a sectores marginales, aunque rebosantes de tradición y honor, como la raza tuareg. Su implicación en asuntos militares y políticos es accidental, obra del *factum adversus* que persigue a tantos héroes trágicos.

Centrado en este marco, el autor recrea el ambiente utilizando el recurso de una descripción minuciosa de momentos y parajes propios del desierto, para lo que recurre a términos lingüísticos específicos, en ocasiones surgen en el árabe original, aunque con signos alfabéticos. Estos usos lingüísticos propios configuran una realidad particular. En este caso la lengua transmite datos complementarios que definen al personaje y esbozan una topografía ambiental⁵:

«Era aquella la hora de la *gaila*, la siesta sagrada en el desierto, pues durante las cuatro horas de calor más intenso los hombres —y aun las bestias— debían mantenerse quietos a la sombra, si no querían correr el peligro de deshidratarse o de caer fulminados por una insolación» (pág. 60).

Como se aprecia, se recurre al término *gaila* por no existir un sinónimo exacto en español que transmita esa idea a la que la aposición apunta («la siesta sagrada en el desierto»). En este otro pasaje en el que Gacel Sayah se refugia en medio de un lago salado conocido con el nombre de *sebhka*, aparece similar función del vocablo original:

«Esa costra presentaba el peligro de resquebrajarse en cualquier momento lanzando al viajero a una pasta que recordaba a la mantequilla semiderretida que se lo tragaba en pocos minutos, más peligrosa aún que el traidor *fesh-fesh*, el suelo arenoso, sin apoyo, en el que de improviso hombre y camello desaparecían como si nunca hubieran existido» (pág. 72).

El recurso de la introducción del vocablo en árabe cumple la función de marcar los rasgos propios de este paisaje desértico. Es precisamente en el campo semántico del desierto donde proliferan los términos tomados directamente del árabe. Se extiende, por lo tanto, una amplia red de términos topográficos. Así se habla del *erg*, desierto de dunas; la *hamada*, extensos pedregales en zona desértica; la *sekia*, canal seco de un río hace años cauda-

⁵ El lenguaje literario puede ofrecer datos o noticias complementarias sobre el personaje, sobre la clase social a la que pertenece o sobre el momento histórico en el que discurre la historia. El lenguaje adquiere aquí la capacidad de connotación; sobre ello, véase, Garrido Gallardo, M.Á., *Introducción a la teoría de la literatura*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, Colección TEMAS, 1975, págs. 98-100.

loso; la *sebhka*, lago salado, o el *acheb*, típica vegetación que reverbera en el desierto tras alguna de las escasas lluvias. La ausencia de un término español único para designar estos parajes no hace apropiada su traducción. Sería difícil traducir por ejemplo *sifs*, o utilizar otro vocablo distinto al que usan los propios habitantes del desierto, para designar a las hermosas y grandes dunas con crestas en forma de sable. Este vocabulario no dificulta la comprensión de ningún pasaje, puesto que el autor tiene buen cuidado en aclarar dentro del texto el significado de cada uno de ellos. Con su utilización se consigue recrear visualmente a través de la palabra el escenario que el autor describe para el lector. Veamos algunos ejemplos:

«Conocía el desierto y sabía muy bien lo que significaba adentrarse en un *erg* como el de Tikdabra, formado por una ininterrumpida sucesión de altísimas dunas que se prolongaban como un mar de gigantescas olas que parecían proteger, como una trampa de arena movediza en la que hombres y camellos se hundían a veces hasta el pecho, a una inmensa llanura sin horizontes, tan plana como la más plana de las mesas, y en la que el sol reverberaba de continuo dificultando la visión, cortando el aliento, y haciendo hervir la sangre a hombres y a bestias» (pág. 58).

O en este otro:

«Allí estaba al fin la unión maravillosa y fecunda, y pronto, con el sol de aquella misma tarde, la dormida semilla del *acheb* despertaría violenta, cubriría la llanura de verde, y transformaría el árido paisaje en la más hermosa de las regiones, floreciendo apenas unos días para sumergirse luego en un nuevo y largo sueño hasta la próxima tormenta que tal vez tardará otros quince años en llegar» (pág. 30).

También el protagonista se define social, cultural y físicamente a través de algunos términos árabes. Estos establecen su estatus de clase, retratan su indumentaria o designan utensilios propios de la vida nómada. Gacel Sayah es calificado con varios apelativos, *targuí*, *imohag* e *Inmouchar*. *Targuí* no es más que el singular del término genérico tuareg. Su uso responde a las leyes gramaticales de la concordancia y no se busca con ello ninguna finalidad exótica. *Imohag* es el nombre propio que designa a la raza conocida como tuareg, y es el término genuino usado por este pueblo. Gacel Sayah nunca se referirá a sí mismo o al resto de sus congéneres con el apelativo de tuareg, sino como *imohag*, en su caso un noble *imohag*, pues su elevada posición social le concede el título de *Inmouchar*, el más noble entre los nobles de una sociedad marcadamente jerarquizada. Así lo prueba este texto:

«Noble dentro de los nobles del poderoso pueblo del Kel-Talgimus, el “Pueblo del velo”, los indomables *imohag*, a los que el resto de los mortales conocían por el apelativo de tuareg» (pág. 10).

Tan sólo el narrador, el propio protagonista y uno de los personajes, el teniente Razman, designan a los tuareg con este término. El narrador pretende dejar constancia de la relevancia y preferencia por dicho pueblo con lo que contribuye a dar una visión positiva del personaje; el targuí, por su orgullo de pertenecer a ella. El teniente, lo usa por el respeto y la consideración que siente hacia Gacel Sayah. Razman es la única figura entre los soldados árabes que aparecen en la obra que demuestra comprensión y respeto hacia la actitud del targuí, y el uso de este término en su vocabulario así lo demuestra a la vez que define su noble voluntad y su justa actitud:

«—Para mí no eres un sucio “Hijo del Viento”. Eres un *imohag* noble y valiente, y comprendo tus razones. Y las comparto. Probablemente yo hubiera reaccionado igual, sin permitir una ofensa semejante» (pág. 84).

Precisamente aunque al principio de la novela parece que el teniente va a ser un antagonista del *targuí*, pues ha de apresarlo, poco a poco va a ir adquiriendo condición de coadyuvante. Será el único que dialogue con el *targuí* en el lago salado y al final, tras la revolución que derrocó al régimen autoritario, aparecerá luchando en las filas que apoyan al viejo líder revolucionario. Incluso en la caracterización de su vida familiar surgen datos que orientan la lectura positiva. Así se aprecia en la relación amorosa que mantiene con su mujer⁶.

La condición de tuareg se establece incluso a través del uso de frases habituales que son propias de su raza, como el saludo preferido de los *Imohag* y que Gacel Sayah siempre utiliza, «*Metulem, Metulem*», al que se le responde con el saludo islámico habitual, «*aselam aleikum*» cuya transcripción se simplifica para lograr una pronunciación muy parecida al sonido real árabe.

Igualmente, encontramos toda una relación de las prendas propias del atuendo de los tuareg como *jaique* y *gandurah*, las amplias túnicas, *nails*, las sandalias, *litham*, el velo, o *takuba*, la larga espada tuareg. Hay un pasaje en el que el autor describe la indumentaria genuina de estos hombres e inmediatamente después se refiere a ellos utilizando el término árabe que los designa:

«Atacó de nuevo y comprendió de improviso lo inapropiado de sus largos ropajes, su amplio turbante y su ancho velo. Los *jaiques* se enredaban en sus

⁶ La captura del targuí puede suponerle un ascenso y volver a la vida en la ciudad. El único deseo de Razman es darle una vida mejor a su esposa, pero ella conoce a su marido: «—¡Oh, vamos, Razman! —exclamó—. ¿A quién tratas de engañar? Éste es tu mundo, y lo sabes. Te quedarás aquí por mucho que te asciendan. Y yo me quedaré contigo» (pág. 78). También parece un hijo del desierto, aunque no primitivo como Gacel, sino adaptado a los tiempos y a las nuevas normas de la civilización, en parte heredadas de Occidente.

piernas y brazos, las *nails* de gruesa suela y delgadas tiras de cuero de antílope resbalaban sobre las piedras puntiagudas y el *litham* le impedía ver con claridad y lograr que llegara a sus pulmones todo el oxígeno que necesitaban en un momento como aquel» (pág. 37).

Se añade una serie de nombres de objetos propios de la vida nómada, como *jaima*, tradicional tienda de los nómadas del desierto, *gerbas*, recipientes de cuero para llevar el agua, o *sheribas*, tiendas de cañas entretejidas. Ninguna posee correspondencia paralela en español.

En otras ocasiones las frases utilizadas marcan incluso el credo del protagonista. Los tuareg son musulmanes, y Gacel Sayah se encomienda a la voluntad de Dios cuando ve cercana la muerte, o como él mismo dice según las creencias populares, el *gri-gri* de la muerte, e implora: «¡*insh'Alah!*» (pág. 246).

Vázquez Figueroa es por encima de todo un autor que se recrea en la aventura, pero sus personajes no se mueven en un marco irreal delineado por la poderosa imaginación del autor. En ocasiones, sus obras denuncian enérgicamente alguna actitud social o política que convierte a personajes ficticios en víctimas de auténticos abusos sociales, injusticias o intereses capitalistas⁷. Sin embargo, otras veces tan sólo presenta una realidad concreta de la que él ha sido testigo. En esta ocasión, esparcidas a lo largo de las páginas de *Tuareg* se incluyen algunas menciones socio-políticas referentes a la situación de los países africanos tras la independencia colonialista francesa, única matización concreta, pero sin citar países, gobernantes o regímenes políticos particulares. Los franceses son designados por el protagonista con el apelativo de *rumi*⁸. Aunque la acción transcurre en el Sáhara, nunca se cita ningún país específico, pero obviamente se trata de los territorios pertenecientes al África francesa⁹.

Curiosamente coinciden los períodos históricos descritos con las cronografías que se esparcen por algunas obras de Naguib Mahfuz, pero no la índole del personaje. Sólo con comparar el ambicioso y corrupto funcionario

⁷ Ejemplos destacados son: como trasfondo a la odisea de unos niños etíopes que huyen de la crueldad de la guerra, en *África llora* el autor llama la atención del lector sobre los males que sufre este continente, guerras, hambruna, epidemias; en *Tierra Virgen*, denuncia la devastación y la explotación sin escrúpulos de la selva amazónica; en *Los Ojos del Tuareg*, condena el terrible impacto medio-ambiental para los habitantes del desierto que ocasiona el afamado Rally de Dakar; y en su última novela *Vivir del viento*, aborda el problema del *Prestige* aportando incluso una solución viable.

⁸ «*Rumi*: europeos (Marruecos)», J. Cortés, *Diccionario de árabe culto moderno*, Madrid, Gredos, 1996, pág. 456.

⁹ África francesa agrupa a las regiones occidentales, ecuatoriales y orientales del continente; J.U. Martínez Carreras, *op. cit.*, págs. 287-288.

(Isa) de *Las Codornices y el otoño*¹⁰ con Gacel Sayah se ve la diferencia. Mahfuz prefiere el personaje cotidiano, gris a veces, al héroe de epopeya por el que opta Vázquez Figueroa. En el libro citado el friso histórico es capital y el personaje casi comparsa; al revés que en *Tuareg*. Recordemos que el realismo no exento de tintes sociales del Premio Nobel egipcio no es comparable con el exotismo y el deseo de crear protagonistas de aventuras que late en el canario.

Aunque Gacel Sayah vive en el desierto no permanece ajeno del todo a la situación política que se desarrolla en los países de su entorno. Si bien este asunto no es clave en la obra, ocupa en ciertas páginas una posición importante. La ignorancia política del tuareg se va solapando al hilo argumental. Gacel Sayah cree no estar sujeto a más leyes que las del desierto, pero su cumplimiento lo convierten, según las normas políticas y estatales, en un asesino sin escrúpulos. La novela plantea, como en muchas de las grandes tragedias de todos los tiempos, la lucha entre el honor y las reglas impuestas. Recuérdense títulos como *Antígona*, *Hamlet* o *La Casa de Bernarda Alba*. Es significativo el siguiente pasaje, fragmento de una conversación entre el teniente Razman, ya mencionado anteriormente, y su esposa acerca de las acciones y actitud de Gacel Sayah:

«[...] No he nacido para policía, ni para perseguir a un hombre por el desierto simplemente porque hizo lo que consideraba justo según ley.

—Esa ya no es la ley, y tú lo sabes —le hizo notar ella—. Somos un país moderno e independiente en el que todos debemos ser igual, porque si cada uno se rigiera por sus propias costumbres, resultaríamos ingobernables [...]. ¿Es que no lo comprendes?

—Sí. Se puede comprender cuando se ha estudiado en una academia militar como yo, o en una universidad francesa, como tú. [...] Pero dudo que pueda comprenderlo quien ha pasado toda su vida en el confín del desierto sin que nos hayamos preocupado de notificarle que la situación ha variado. ¿Tenemos derecho a obligarle a aceptar de la noche a la mañana, que su vida, la de sus padres, y la de sus antepasados de hace dos mil años, ya no tiene validez? ¿Por qué? ¿Qué les hemos dado a cambio?

—Libertad.

—¿Es libertad entrar en su casa, matar a un huésped y llevarse al otro? —Se asombró— Estás hablando de una libertad política, tal como la ve un estudiante en los *campus* y en los bares, pero no como puede verla un hombre que se ha considerado siempre auténticamente libre, gobiernen los franceses, los fascistas o los comunistas...» (págs. 74-75).

La colonización europea marcó profundamente el destino de los países árabes que la sufrieron. La búsqueda de la libertad y el reconocimiento de

¹⁰ N. Mahfuz, *Las codornices y el otoño*, Barcelona, Plaza & Janes, 1991.

la propia identidad alzarón todo un movimiento revolucionario en los distintos países, pero la definitiva consecución de las independencias no benefició en principio más que a personajes influyentes y a ambiciosos políticos que ejercieron un poder dictatorial. Algunos protagonistas de la independencia fueron rápidamente derrocados (el correlato en la novela es Abdul el-Kebir) y la corrupta política de los nuevos regímenes, monarquías, repúblicas o dictaduras militares ejercía una fuerte y violenta represión popular. Los golpes de estado y los cambios de gobierno eran un panorama habitual durante los primeros años de la independencia. Ya a finales de la década de los cincuenta y en los sesenta, el autogobierno y la consolidación política no resultaron ser una tarea fácil en países de una amplia heterogeneidad social, religiosa e incluso cultural. Además se hallaban fuertemente marcados por años de sometimiento. Vázquez Figueroa intercala pasajes en los que critica las consecuencias nefastas de la colonización, desplegando la visión de un occidental que ha sido testigo de estos acontecimientos. Así lo expresa el siguiente pasaje de la novela, que actúa por mimetismo histórico:

«Sus compatriotas eran en gran parte gente salvaje y primitiva y Razman lo sabía. Durante cien años, habían vivido sometidos a los colonizadores franceses, que se esforzaron por mantener al pueblo en la ignorancia, y aunque ahora se consideraban libres e independientes, aquellos años de independencia no habían dado como fruto una población mejor o más culta. Por el contrario demasiado a menudo la libertad había sido mal interpretada por muchos que consideraron que librarse de los franceses significaba hacer cuanto les viniera en gana y apoderarse por la fuerza de cuanto esos mismos franceses dejaron atrás.

El resultado había sido la anarquía, la crisis y una constante agitación política; en la que el poder, más parecía una presa ansiada por todos cuantos pretendían enriquecerse rápidamente, que una forma de conducir a la Nación hacia su destino» (pág. 96).

Ninguna ideología política se adaptaba a la nueva situación, el oportunismo de algunos hombres hacía brotar constantemente revoluciones y levantamientos populares en pro de la libertad, de la democracia, de la total independencia y de mejoras sociales, laborales y económicas¹¹. El África poscolonial necesitaba una revolución radical y contundente aunque asentada en valores propios, pero las revueltas se solapaban unas a otras sin conseguir mejores resultados¹². Para construir una nueva África independiente no era necesario destruir y borrar cualquier resto del pasado y de la tradición, re-

¹¹ Sobre estos movimientos populares véase B. López García, *Política y movimientos sociales en el Magreb*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1989.

¹² Sobre las diferentes etapas hacia la independencia de las colonias francesas, véase, Ives Benot, *Ideologías de las independencias africanas*, Barcelona, Dopesa, 1973, págs. 33-56.

presentada en la obra por el personaje del tuareg, por miedo a que esos vestigios fueran un lastre para el progreso y el desarrollo, tal y como algunos pensaban. El verdadero lastre estaba en la dependencia económica que los mantenía sujetos al neocolonialismo, sustituto del colonialismo y continuador de la influencia europea que tan nefastos resultados consiguió en el malogrado futuro político poscolonial de los países árabes¹³. En este sentido son suficientemente claras las palabras de Gobernador Hassan-Ben-Koufra, aprovechadas por el autor para denunciar la represión de poderosos gobiernos hacia los pueblos indígenas, recluidos en exiguos territorios que constituyen una atracción turística más. Algunos corruptos y ambiciosos gobiernos árabes han querido imitar patéticamente esta situación, como si esa fuera la pancea para convertirse en una nación fuerte:

«—[...] Me encomendaron una misión: barrer de la región todo resto de viejo romanticismo decadente y paternalismo enfermizo, y poner a esta provincia y a estas gentes a rendir para el bien común. Aquí hay petróleo, hierro, cobre, fosfatos y mil riquezas más que necesitamos para convertirnos en una nación poderosa, progresista y moderna... —negó convencido—. [...] Resulta lamentable admitirlo, pero los tuareg no tienen razón de existir en pleno siglo veinte, al igual que no lo tienen los indios amazónicos, o no lo tuvieron los pieles rojas americanos. ¿Se imagina a los sioux correteando aún por las praderas del Medio-Oeste, persiguiendo manadas de búfalos por entre los pozos petroleros o las centrales atómicas? Hay formas de vida que cumplen un ciclo histórico y están condenadas a desaparecer y, lo queramos o no, eso ocurre con nuestros nómadas. Hay que adaptarlos o exterminarlos» (págs. 117).

Pero los apuntes más interesantes se ofrecen por boca del propio protagonista. El autor lo utiliza como instrumento de sus reflexiones y también de sus críticas. En los diálogos de Gacel con otros personajes sobre el colonialismo, la independencia, el comunismo, el socialismo, el fascismo, el protagonista pregunta con la ingenuidad propia de un niño y responde con la aparente y sencilla precisión de un sabio ante una lógica aplastante. En una conversación con el jefe de un campamento beduino éste pregunta al targú:

«—¿Sabes lo que significa ser comunista?

Gacel negó convencido:

—Nunca oí hablar de ellos. ¿Son una secta?

—Más o menos... Pero no religiosa. Sólo política.

—¿Política? —replicó sin comprender.

—Pretenden que todos los hombres deben ser iguales, con los mismos deberes y derechos, y que las riquezas se repartan entre todos...

¹³ Los grandes problemas del África poscolonial son de índole económica, social, ideológica y política; véase, Martínez Carreras, *op. cit.*, págs. 302-303.

—¿Pretenden que sean iguales el listo y el tonto, el *imohag* y el esclavo, el trabajador y el haragán, el guerrero y el cobarde...? —Soltó una exclamación de asombro—. ¡Están locos! Si Alá nos hizo distintos, ¿por qué pretenden ellos que seamos iguales? —Soltó un resoplido—. ¿De qué me valdría entonces haber nacido targuí?» (pág. 129).

El mismo recurso se mantiene en este fragmento sobre el socialismo y el fascismo. El protagonista habla por fin con el anciano al que se llevaron por la fuerza de su campamento y cuya verdadera identidad desconoce Gacel. Él es Abdul el-Kebir, el hombre que llevó a su país a la independencia de los franceses:

«—¿Qué es ser socialista? [...]

—Es pretender que la justicia sea igual para todos.

—¿Tú eres socialista...?

—Más o menos.

—¿Crees que todos, *imohag* y sirvientes somos iguales...?

—Ante la ley, sí.

—No me refiero a la ley, me refiero a que sirvientes y señores seamos iguales por completo.

—En cierto modo... —Trató de descubrir adónde quería ir a parar sin comprometerse—. Los tuareg sois los últimos seres de la Tierra que aún mantenéis esclavos sin avergonzaros de ello. No es justo.

—Yo no tengo esclavos, tengo sirvientes.

—¿De veras...? ¿Y qué haces si uno escapa y no quiere trabajar más para ti?

—Lo busco, lo azoto y lo traigo de regreso. Nació en mi casa y le di agua, comida y protección cuando no podía valerse por sí mismo. ¿Qué derecho tiene a olvidarlo y marcharse cuando ya no me necesita?

—El derecho a su propia libertad. ¿Aceptarías tú ser sirviente de otro, por el hecho de que te alimentó cuando eras niño?

—No es el caso. Yo nací *imohag*. Ellos nacieron *aklis*.

—¿Y quién ha dispuesto que un *imohag* es superior a un *akli*?

—Alá. Si no fuera así, no los hubiera hecho cobardes, ladrones y serviles. Ni nos hubiera hecho a nosotros valientes, honrados y orgullosos.

—¡Demonios! —exclamó— Hubieras sido el más fanático de los fascistas...

—¿Qué es un fascista?

—Aquel que proclama que su estirpe es superior a todas las demás.

—En ese caso, soy un fascista.

—Realmente lo eres —admitió convencido—. Aunque estoy seguro de que si supieras lo que realmente significa, renunciarías a ello» (págs. 158-159).

Gacel Sayah aparece en la novela como el baluarte de una de las más antiguas tradiciones que se mantienen casi imperceptibles y perdidas en «el África conmocionada de la descolonización»¹⁴, un continente fragmentado

¹⁴ Ives Benot, *op. cit.*, pág. 334.

en varios estados independientes en los que no se acababa de fraguar un sistema político estable y que todavía hoy se compara con sus vecinos del otro lado del Mediterráneo¹⁵. *Tuareg* es indudablemente una novela de aventuras, pero su autor ha utilizado un paraje y una raza exóticas para reflejar una realidad histórica que no por cercana es mejor conocida. Dichas referencias menudean en un relato ágil y sencillo que valieron a su autor una fama internacional.

¹⁵ Una síntesis breve del tema de las relaciones entre el Norte de África y Europa es el trabajo de V. Morales Lezcano, *Situación y desarrollo de la UMA entre la Comunidad Económica Europea y la Crisis de Oriente Medio*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1993.